

Domingo de la Santísima Trinidad

UNIR SIN ANULAR

En aquel tiempo los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Al verlo, ellos se postraron, pero algunos vacilaban. Acercándose a ellos, Jesús les dijo: “Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra. Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”. (Mt 28,16-20)

Jesús dice a sus discípulos que bauticen *en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*. Nosotros solemos empezar la oración y algunas acciones con la señal de la cruz y la fórmula trinitaria.

Aunque tengamos la Trinidad tan a flor de labios, siempre ha sido para nosotros un *misterio*. Y hemos hecho equivaler el misterio a algo enigmático que no tiene nada que ver con nosotros. Pensamos que son “cosas de Dios”.

Pero la palabra “misterio” tiene también un sentido mucho más próximo al hombre. Decimos que “toda persona es un misterio”: cada uno de nosotros tiene una profundidad, una dimensión que no podemos tocar pero intuimos que existe. A menudo nos vemos impotentes para expresar todo el misterio de la persona. Es como si nos dijeran que expresemos la fragancia de una flor o la voz de una persona querida: la sentimos, experimentamos la alegría de su presencia, pero no sabemos describirla. A veces estamos físicamente muy cercanos a una persona y tenemos la sensación de saber muy poco de ella, de lo que sucede en su corazón... ¡La persona es un misterio!

Entonces la revelación de Dios como Trinidad no es un enigma o rompecabezas. Dios quiere acercar su rostro y, al mismo tiempo, ayudarnos a descubrir lo que es la persona humana y a qué está llamada.

El hombre y la mujer son imagen de Dios. Y Dios es uno y trino. Nos habla de unión, de comunidad de vida, sin anular la personalidad.

Que el hombre y la mujer sean imagen de Dios uno y trino, tiene unas consecuencias para la vida de familia y para las relaciones laborales y sociales

Por una parte, hay que trabajar por la unidad. Pero nadie debe pretender dominar sobre el otro de forma que anule a la persona. Unidad sin descuidar la personalidad de cada uno. Como Dios, uno pero tres personas.

La unidad no es la uniformidad. Toda persona tiene derecho a ser escuchada, a ser tenida en cuenta, pero

nadie puede pretender que todo gire en torno a él. Hay que pensar en los demás, sacrificarse por el bien común.

Conocemos situaciones en que la persona es tratada como un objeto para usar solo en el propio servicio sin que cuenten sus sentimientos, su necesidad de ser tenida en cuenta.

Conocemos también personas que viven en una gran soledad, que no tienen la posibilidad de alcanzar la unidad porque no tienen ninguna relación.

Los creyentes trabajamos para que la persona humana sea una imagen más clara de Dios, uno y trino, cuando trabajamos por evitar toda actitud de opresión sobre las personas y por superar, o al menos aliviar, las situaciones de soledad y abandono. Dios uno y trino no es un tirano ni un solitario, sino alguien que comunica su amor a las otras personas y a la persona humana.

Solemnidad de Corpus Christi

INVITADOS A COMPARTIR LA CENA

El primer día de los ázimos, cuando se sacrificaba el cordero pascual, le dijeron a Jesús sus discípulos: “¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua?”. Él envió a dos discípulos diciéndoles: “Id a la ciudad, encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua: seguidlo, y en la casa en que entre, decidle al dueño: ‘El Maestro pregunta: ¿Dónde está la habitación en que voy a comer la Pascua con mis discípulos?’. Os enseñará una sala grande en el piso de arriba, arreglada con divanes. Preparadnos allí la cena”.

Los discípulos se marcharon, llegaron a la ciudad, encontraron lo que había dicho y prepararon la cena de Pascua.

Mientras comían, Jesús tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio, diciendo: “Tomad, esto es mi cuerpo”. Cogiendo una copa pronunció la acción de gracias, se la dio y todos bebieron. Y les dijo: “Esta es mi sangre, sangre de la alianza, derramada por todos. Os aseguro que no volveré a beber del fruto de la vid hasta el día que beba el vino nuevo en el Reino de Dios”.

Después de cantar el salmo salieron para el monte de los Olivos. (Mc 14,12-16.22-26)

Se ha dicho que no se conoce verdaderamente a una persona mientras no se haya comido con ella. Cuando

invitamos a alguien a comer, queremos celebrar algo, iniciar o reforzar una amistad, sellar un acuerdo, confraternizar, compartir. En una palabra, ahondar y hacer más cálida una relación humana.

Jesús sabe apreciar el sentido humanizante del comer juntos. Come con los pecadores como signo de acogida cordial. Presenta el Reino de Dios como un gran banquete en el que somos invitados a beber de un vino nuevo.

En el relato de hoy, se reúne Jesús con los suyos en una cena de fuerte significado popular. Se celebra nada menos que la liberación del pueblo de la esclavitud de Egipto. Como todos los años por estas fechas, en recuerdo de aquel hecho memorable, las familias sacrifican y comparten el cordero pascual.

Pero, ante la inminencia de su muerte violenta, Jesús quiere dar un significado nuevo a esa celebración. Será su testamento y, a partir de ahora, la celebración de esta comida no será solo un recuerdo sino también una presencia. Porque la acción de comer juntos constituye un momento privilegiado de comunicación interhumana, en esta cena les comunica lo que quiere de ellos.

Esto es mi cuerpo y esta es mi sangre, sangre de la alianza, derramada por vosotros. Les está diciendo a ellos y a nosotros: No lo olvidéis, recordad que entrego mi persona, mi vida –mi *cuerpo* y mi *sangre*–. No viváis como si no hubieseis recibido nada.

El cuerpo y la sangre de Jesús, ofrecidos por nosotros, son un don que nos hace más solidarios entre

nosotros. Los primeros cristianos decían respecto a la Eucaristía: “Si compartimos el pan celeste, ¿cómo no compartiremos el pan terreno?... En la comunión, cuando el sacerdote dice: ‘El Cuerpo de Cristo’, vosotros decís: ‘Amén’. Este Amén significa decir sí al don de Jesús y decir sí a los hermanos y hermanas que Jesús reúne en una familia, todos de la misma sangre, la sangre de Jesús” (“Didajé”, siglo I. Es el documento más antiguo que tenemos sobre la vida de los cristianos).